



BIOGRAFÍA JOVEN

LUIS BRAILLE

LA LUZ EN
LOS DEDOS

MIGUEL ÁLVAREZ

bam
bú

Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, SA

© 2003, Miguel Álvarez y Editorial Casals, SA
© 2023, Editorial Casals, SA, por esta edición
Casp, 79 – 08013 Barcelona
editorialbambu.com

© Ilustración de cubierta: Carmen Segovia, 2023
Diseño de la colección: Enric Jordi y Eva Fàbregas
Fotografías: ACL, AGE-Fotostock, AISA, ALBUM y Vicenç Villagrasa
Ilustraciones: Vicenç Villagrasa

Cuaderno documental de Pedro Gimeno

Primera edición: enero de 2003
Décima edición: mayo de 2010
Primera edición en Bambú: marzo de 2023
ISBN: 978-84-8343-940-1
Depósito legal: B 8198-2023
Printed in Spain
Impreso en Anzos, SL, Fuenlabrada (Madrid)

Agradecemos la colaboración de la ONCE

El papel utilizado para la impresión de este libro procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

EL SOL SE APAGA

Un abrasador sol de verano se abate sobre la colina arbolada donde se alza el pueblecito de Coupvray, con sus casas de piedra, sus granjas y su iglesia; el mismo sol que brilla sobre el río Marne, que corre hacia el oeste, en medio de las ondulantes mieses del valle, y desemboca en el Sena, muy cerca ya de París. Desde la cercana capital —cuarenta kilómetros no son muchos— llegan al pueblo continuos rumores y noticias de una Francia en plena bullición. También, aquel día de junio de 1812:

—El verano es el tiempo de las guerras —le dice el boticario al sastre, que ha ido a probarle una casaca—. Nuestro emperador lo ha aprovechado para emprender la invasión de Rusia. Eso cuentan, y que lleva un ejército de medio millón de hombres.

—Napoleón todo lo hace a lo grande. A ver si con la victoria vuelve la paz a Francia. Estamos en guerra con todo lo que nos rodea. ¡Vaya tiempo que llevamos! —contesta el sastre.

—¿Tiempo? Un cuarto de siglo desde la revolución. Empezamos cortando la cabeza a los reyes y hemos terminado coronando a un emperador. Pero...

Las noticias han llegado a todos; unos se entusiasman, otros se preocupan, pero la mayoría sigue con su rutinaria vida

de labradores, afanados en sus viñas y granjas, o preparando el mercado semanal, ineludible cita de los hombres de Coupvray y alrededores.

—Esperemos que no haya más requisas para la guerra —se dicen, pensando en el grano y en los caballos que han tenido que entregar.

Ese día de verano, cada uno está a lo suyo; el sastre ha vuelto a su taller, el farmacéutico prepara unos polvos en la rebotica, el médico visita a un enfermo, el herrero... y Simón-Renato Braille, el guarnicionero,¹ trabaja en su taller. Está terminando unos encargos. No se puede quejar de un trabajo que no le falta y que le da un buen pasar. Tiene unos viñedos en las afueras del pueblo y esta amplia casa de piedra en la calle Chemin des Buttes.² Casa-granja, más bien, pues tiene establo para la vaca y gallinero para las aves de corral, y un lugar espacioso donde trabajar, lleno de arneses, bridas, correajes y todo lo necesario para las caballerías y carruajes de la gente del pueblo.

También su hijo Luis está a lo suyo; tiene tres años y lo suyo es descubrir el mundo, tan distinto al de sus hermanos, que son mucho mayores que él y ya participan en el trabajo: Catalina-Josefina, de diecinueve; Luis-Simón, de diecisiete, y María-Celina, de catorce. Luis, el pequeñajo, está muy mimado y hace lo que quiere.

Ahora está con su madre, Mónica, en la gran cocina de enorme chimenea. Mira lo que está haciendo ella y enreda con los cacharros.

—Luis, no me dejas trabajar. ¡A ver si te estás quieto!

1 El que se dedica a hacer o vender guarniciones o correajes para caballerías.

2 La casa sigue en pie y la calle se llama ahora de Luis Braille.

Luis, que lo que no quiere es estarse quieto, prefiere marcharse. Cruza el patio y entra en el taller de su padre. Es un lugar que le fascina. Un penetrante olor a cuero impregna aquel sitio. De todas partes cuelgan bridas, riendas, colleras, arneses; en el centro de la gran estancia está su padre. Trabaja inclinado sobre el fuerte banco de madera, lleno de herramientas afiladas para cortar y labrar el cuero.

—¡Hola, Luis!

Levanta los ojos con la lezna en la mano, el puntiagudo instrumento con el que está haciendo agujeros en una banda de cuero.

—¡Hola, papá! —contesta Luis, que corre a ponerse detrás de él, para observar mejor la labor de su padre.

—¿Y mamá?

—En la cocina.

Se oye ruido en el patio, los cascos de una caballería. Y una voz llega hasta el interior.

—¡Simón!

El guarnicionero conoce la voz. Es un vecino que viene a preguntar cómo va su encargo.

—¡Ahora salgo!

Simón deja su labor sobre el banco, se levanta, sale al luminoso patio y se pone a charlar con el granjero.

Luis se ha quedado solo. Trepa al taburete y curioseas las herramientas del banco. Pronto se le ocurre imitar a su padre. Toma una cuchilla y un trozo de cuero. Intenta hacerle un agujero. La piel se resiste, la cuchilla resbala... El niño lanza un grito terrible. Y sale corriendo del taller, llorando estrepitosamente y con la cara llena de sangre.

Su padre se apresura a tomarlo en brazos; su madre, asustada, sale corriendo de la cocina.

—¡Luis, ¿qué te ha pasado?! —grita alarmada.

Luis sigue llorando. No hace falta que conteste. Inmediatamente se dan cuenta de que una cuchilla, una lezna, o lo que sea que haya cogido el chiquillo se le ha clavado en un ojo.

Lo limpian rápidamente con agua clara. Una vecina, que acude al oír el alboroto, le pone una compresa de hierbas medicinales. Luego lo llevan al médico.

El médico hace todo lo que puede y aplica toda la ciencia que ha aprendido, entre la que no figura reducir la infección que se produce.

Pasan los días y Luis no mejora. Su madre, angustiada, se lo dice al médico.

—Doctor, el ojo se le está poniendo cada vez más rojo e hinchado. Y al otro le debe de pasar algo, porque dice que apenas ve. Lo siento tropezar con los muebles y, a veces, tira al suelo el plato que va a poner sobre la mesa.

—Sí, Mónica, es lo que me temía —constata el médico—. La infección se le está pasando al otro ojo. Por eso está perdiendo la vista. Ahora debe de ver como si estuviera metido en una espesa niebla. Yo no puedo hacer más. No responde a las medicinas. ¿Por qué no lo lleváis al oftalmólogo de Meaux?

Meaux, del que depende administrativamente Coupvray, está a diez kilómetros. Hasta allí llegan los preocupados padres, llevando a Luis en un carro. Todos los esfuerzos del doctor no sirven para nada: Luis penetra inevitablemente en un crepúsculo lento que va acabando con su vista. Cuando cumple los cinco años, el sol se ha puesto definitivamente en su vida. Una desgracia para él; una bendición para todos los ciegos del mundo.

2

UNA NUEVA VIDA

A tan corta edad, Luis se ve obligado a emprender una nueva forma de vida. Ya no puede contar con sus ojos para ver la cara de los demás e imitar sus gestos. Su rostro se va volviendo, por ello, más inexpresivo. Tiende a inclinar la cabeza hacia delante y hacia un lado, como en un gesto expectante que conservará toda la vida.

Ahora se tiene que fiar de sus otros sentidos, su tacto y su oído, para moverse y reconocer lo que lo rodea. El que sea tan pequeño le sirve para que esos sentidos se afinen extraordinariamente. Pronto ya no tropieza. Parece que presiente los muebles y que los ecos de su voz, al rebotar en los objetos, le indican dónde están las paredes, las puertas o los muebles.

Los ruidos de la calle le son familiares. Conoce el rodar chirriante de los pesados carros, los cascos de las caballerías y los ladridos de los perros. Sabe a quiénes pertenecen y, por su voz, conoce cual de sus vecinos se dirige a él y lo saluda. También el olfato le sirve de gran ayuda. Sabe dónde está la cocina, las cuadras, y qué alimentos le van a poner de comida.

Un día oye extrañas voces en su casa, palabras duras y broncas, cuyo sentido no entiende. Es abril de 1814. Por las

conversaciones de los mayores, conoce la trascendental noticia. El emperador Napoleón Bonaparte no solo ha fracasado en la invasión de Rusia, sino que ha sido vencido por las fuerzas coligadas de Austria, Rusia y Prusia.¹ Lo han confinado en la isla de Elba.

Sus padres hablan con los vecinos.

—No sé cuándo se va a terminar esta situación —oye decir a su padre—. Primero llegaron las tropas en retirada del emperador, camino de París, exigiendo avena, heno y pan y requisando caballos y vacas. Ahora nos han obligado a alojar a los soldados extranjeros que ocupan Francia. Yo tengo un grupo de prusianos.

—Los que tengo en casa son rusos —le contesta un vecino—. Al menos, esto significa que se están acabando tantos años de guerra. El emperador ha abdicado y en París tenemos de nuevo un rey.

—Es el hermano del que guillotinaron. Se hace llamar Luis XVIII. Me pregunto por qué se ha puesto ese número, si su hermano era el XVI.

—Dicen que ha querido tomar el nombre de su hermano y respetar el puesto en la dinastía de su sobrino, que ya ha muerto. También se llamaba Luis.

—Dios quiera que podamos gozar de algunos años de paz y de trabajo.

En marzo de 1815, un nuevo sobresalto se produce en Coupvray. El pueblo lo comenta entre asustado y admirado.

—¡Napoleón se ha escapado de la isla de Elba!

1 Reino situado al noreste de la actual Alemania, fronterizo con Polonia. Fue la base de la reunificación alemana en 1871. Su rey fue su primer káiser (emperador).

—Ha desembarcado en el sur de Francia con los setecientos hombres de su guardia y viene hacia París.

—¿Con solo setecientos hombres?

—No. Ya tiene un gran ejército. Las tropas que enviaban para detenerlo se han ido uniendo al emperador. ¡No sé qué tiene ese hombre!

El pequeño sueño de gloria solo duró cien días. En junio de 1915, Napoleón sufre su derrota definitiva en la batalla de Waterloo. Francia sigue ocupada. Luis Braille continuará oyendo el bronco acento de los soldados un año más.

Cuando el último soldado extranjero deja su pueblo, Luis tiene siete años. La vida se va normalizando. Los lugareños se afanan en su trabajo. La revolución se modera y un nuevo cura párroco llega a Coupvray.

Lo primero que hace el abate² Jacobo Palluy es visitar a todos los feligreses. Cuando le llega al turno a la familia del guarnicionero, Simón-Renato y su mujer lo reciben encantados. Están todos sus hijos menos Catalina, que se ha casado hace tres años.

El cura mira al pequeño Luis con una inmediata simpatía. Se acerca y le acaricia la cabeza.

—Hola, Luis, vamos a ser muy buenos amigos.

Luis sonrío.

—Hola, padre —contesta.

—Es muy inteligente —tercia María-Celina—. Nos ayuda a clasificar los huevos y las verduras para venderlos en el mercado. Parece que ve con las manos; y con los oídos. Conoce a

2 En castellano se suele llamar «abate» a los sacerdotes extranjeros, especialmente franceses o italianos.

todos los perros de la vecindad, y sabe a quién pertenece cada uno solo con oírlos ladrar.

—Me alegro muchísimo, Luis —le dice el cura—. Tendré que venir a menudo a visitarte. Tú y yo tenemos mucho de qué charlar.

El cura cumplió su promesa. Cuando tenía unos ratos libres se acercaba a la casa del guarnicionero y se sentaba en el jardín con el pequeño. Charlaban de todo. Le hablaba de los árboles y de las flores y le decía cómo eran. Se las acercaba para que las tocara y las oliera, y pronto Luis las reconocía por su forma o su perfume.

—El tiempo no es siempre el mismo, Luis. Hay día y noche, amanecer y atardecer. Y durante el año se suceden las estaciones. Las flores florecen en primavera. Luego, llega el verano y es el trigo el que se mece en el campo. En otoño caen las hojas de casi todos los árboles, pero antes aparecen las uvas y la fiesta de la vendimia, que tanto se celebra en el pueblo. En invierno, en cambio, la tierra se duerme tapada con una sábana de nieve... y prepara la próxima primavera.

Luis lo escuchaba fascinado ante ese mundo que el abate Jacobo le presentaba. Se reía cuando el cura imitaba las más diversas voces de los animales para que los conociera: el croar de las ranas, el rebuzno de los asnos, el relincho de los caballos, el mugir de las vacas. También los animales exóticos, cuyos dibujos no podía ver, pero que el párroco le describía con todo detalle.

—El león tiene una gran melena que le da una terrible fiereza. Y el elefante es como una montaña de carne con una nariz que se convierte en una inmensa trompa, que utiliza como un brazo. Y mira tú, solo come hierba.

Lo que más le gustaba a Luis era que imitase el canto de los pájaros y las aves de su pueblo.

—¡No me voy a encontrar con un elefante y conocerlo por su trompeteo! —le decía.

El párroco se reía e intentaba remedar el silbo del mirlo, el piar de los gorriones, el tartamudeo de la perdiz, el tableteo de la cigüeña en lo alto de la torre de la iglesia...

Así, en la casa de Luis y, en el tiempo frío, en la del párroco, siguieron las clases de «cosas», como se decía entonces, que el abate Jacobo impartía a tan buen alumno y cada vez más amigo. ¡Cómo le encantaban las narraciones coloristas de la historia sagrada! La creación del mundo, Adán y Eva en el paraíso, Noé y su fabulosa arca llena de todos los animales de la tierra. Le emocionaba la historia de José, vendido por sus hermanos, y su final feliz cuando lo reconocieron convertido en un gran ministro del faraón de Egipto.

—Napoleón llegó hasta Egipto, según me han dicho— comentó el niño.

—Sí, antes de ser emperador, para engrandecer su figura como un nuevo Alejandro. Una aventura que empezó bien y acabó mal, como todas las tuyas. Lo que queda es el obelisco de un templo del Nilo, que se trajo y que puso en una plaza de París.

Especial hincapié ponía el párroco en las admirables historias del Evangelio. Jesús aparecía predicando por Palestina y realizando extraordinarios milagros. ¡Cómo se emocionaba cuando lo oía contar las curaciones de los ciegos! Este trato y amistad dejaron su huella en Luis y encendieron en su corazón una firme fe religiosa que pervivió toda su vida.

3

EL FUTURO DE LUIS

Entre charlas, paseos y el trabajo en el hogar ayudando a sus padres y hermanos pasaron los días, las semanas de mercados y unas cuantas fiestas de la vendimia. Luis había crecido y entraba en edad escolar. Él quería ir a la escuela, pero esto era algo que estaba vedado a los ciegos. ¿Cómo aprender a leer y a escribir?

En ese tiempo llegó a Coupvray un nuevo maestro, Antonio Bécheret. Un hecho afortunado para Luis. Era un hombre joven, que empezaba su carrera y que no tenía prejuicios.

Como es lógico, se hizo amigo del cura, con quien se acostumbró a mantener grandes charlas y paseos. El abate Palluy casi inmediatamente empezó a hablarle de Luis.

—Es un chico tremendamente inteligente y ya está en edad escolar. Retiene en la memoria todo lo que se le explica; ha aprendido a la perfección todo lo que le he contado.

—Pero así están las cosas. La escuela pública no tiene plaza para jóvenes ciegos. Ocupan un puesto y no adelantan nada; ni ven la pizarra, ni pueden escribir, ni hacer cuentas...

—Pero pueden oír las lecciones. Aprender historia, geografía, gramática, y pueden saberse hasta la tabla de multiplicar

—aseveró el párroco—. La gente cree que los ciegos son tontos, que no tienen inteligencia. Olvidan que lo que les sucede es que no tienen educación ni formación porque no se les enseña. Además, Luis es extraordinario. Ya verás cómo aprovecha.

Bécheret se dejó convencer.

—Bueno, que venga. Espero que la inspección no me cree problemas.

Y así fue como Luis empezó a asistir a la escuela. Lo acompañaba diariamente uno de sus amigos y se sentaba en primera fila, muy cerca del maestro, para no perderse ni una palabra.

El maestro estaba asombrado. Y le dijo al cura:

—Llevaba usted razón. Luis aprende rápidamente todo lo que explico. Se queda con todos los acontecimientos históricos y no olvida los lugares, ríos y montes de las lecciones de geografía. Realmente, se ha convertido en uno de los primeros de la clase. Conoce hasta el alfabeto.

—Bueno, eso es cosa de su padre. En una tabla le ha dibujado con clavos todas las letras y además se las ha recortado en cuero, para que las reconozca por el tacto.

A medida que pasaba el tiempo, el buen párroco se seguía preocupando por el futuro de Luis.

—¿Qué será de él cuando acabe la escuela? —le pregunta al maestro.

—Al menos tiene suerte. Su familia tiene una buena posición, así que se encargará de él. Los ciegos dependen de los videntes. El problema se da con los pobres y los huérfanos. ¡A cuántos no habré visto mendigar a la puerta de las iglesias!

—Ya lo sé. Eso es lo que me preocupa —dice el párroco—. ¿No hay algún lugar donde se le pueda enseñar más?

—Ahora que hablamos de ello, me parece recordar que en cierta ocasión oí hablar en París de la existencia de un colegio para ciegos. Empezó..., luego se cerró..., pero lo cierto es que no sé mucho más.

—Pues habrá que investigar —dijo resueltamente el cura.

Y empezó a preguntar a todos sus conocidos. Uno de ellos era el marqués d'Orvilliers, un noble cuyo castillo se alzaba no muy lejos de Coupvray y que en muchas ocasiones había ayudado a personas necesitadas del pueblo.

El cura le contó sus preocupaciones sobre el futuro del hijo del buen guarnicionero y su búsqueda de una institución en la que pudiera educarse.

—Conozco al chico —le contestó el marqués—. Lo he visto en las misas de los domingos y me he fijado en su piedad; es un niño encantador. Creo que ha acabado usted su investigación; conozco ese colegio y su historia.

D'Orvilliers prosiguió:

—Da la casualidad de que hace muchos años, antes de la revolución, fíjese, ¡en la Navidad de 1786! asistí en Versalles⁵ a una notable representación ante toda la corte. Un tal Valentín Haiüy acababa de fundar un colegio para ciegos y llevó a un grupo de alumnos a realizar una demostración de sus conocimientos. ¡Increíble! Leyeron, escribieron e hicieron operaciones de aritmética. El rey y la reina quedaron asombrados. Y todos nosotros. Monarcas y nobles le dimos buenas sumas de dinero para una ampliación del colegio que permitiera la admisión de más alumnos.

—¿Y sigue en funcionamiento? —se apresuró a preguntar el párroco.

—Bueno, se ha vuelto a abrir tras la llegada del rey. Ahora se llama Institución Real de Jóvenes Ciegos¹. La revolución lo nacionalizó en 1791. Desapareció y se unió a un hospicio de ciegos adultos en 1800, cuando Napoleón era primer cónsul². Despidieron o jubilaron a Valentín Haüy, que, mire lo que son las cosas, se fue a Rusia a realizar el mismo proyecto bajo el patrocinio del zar Alejandro. Pero, bien, vayamos a lo que le interesa, señor cura; yo escribiré al colegio.

1 En francés: *Institution Royale des Jeunes Aveugles*.

2 Hôpital des Quinze-Vingts, fundado por san Luis en 1260, llamado así, «los trescientos», porque estaba destinado a albergar «quince veces veinte» ciegos pobres de París.

4

EL COLEGIO DE CIEGOS

El doctor Guillié, director del colegio, contestó rápidamente al marqués d'Orvilliers. El consejo de la institución había acordado conceder una plaza a Luis Braille y una modesta beca de ayuda para el pago de su estancia. Tenía que presentarse el 19 de febrero de 1819.

Toda la familia estaba nerviosa. Simón-Renato, el padre, no dejaba de darle vueltas a la cabeza. Su hijo pequeño, nacido tantos años después de los demás, el que había pensado que sería el bastón y compañero de su vejez, había perdido la vista y ahora se iba de casa a vivir a la gran ciudad, tan llena de gente, tan diferente de la campiña saludable de Coupvray, donde había crecido.

—¡Al menos aprenderá un oficio! —se consolaba.

Recordaba a los ciegos a los que había visto en su vida, siempre a cargo de los videntes y dependiendo de la situación económica de la familia. Si esta era pobre, podía abandonarlo a su suerte, como una boca sobrante y no rentable. ¡Así de triste! A cuántos no había encontrado andando torpemente por los caminos, agarrados a otros compañeros en busca de una feria donde mendigar o divertir al ignorante populacho, que los tenía por idiotas incapaces de estudiar o trabajar.

—Por lo menos, mi Luis no estará condenado al analfabetismo y la indigencia.

La madre pensaba en cómo su hogar se iba quedando vacío. Primero, se había casado la mayor, y ahora era María-Celina la que realizaba los últimos preparativos para su boda. Faltaban tres meses para la fecha fijada y, para colmo, su querido pequeño se alejaba también de su lado.

Luis parecía el más tranquilo. Con diez años recién cumplidos, poseía una cierta gravedad infantil, un rostro de rasgos delicados y un aire dulce y espiritual. Estaba contento, a punto de cumplir su sueño de poder seguir estudiando. Pero en su interior sentía un leve desasosiego. ¿Serían las cosas como las imaginaba?

La carreta llegó a Meaux, donde tomaron la diligencia para París. Atravesaron la campiña. El padre engañaba su nerviosismo contándole a Luis cuanto veía por la ventanilla del paisaje invernal.

Tras cuatro horas de traqueteo, llegaron a las afueras de París, donde la diligencia finalizaba su recorrido. Ahora, a pie, tenían que dirigirse al barrio Latino, un lugar bajo e insano de la ciudad, al que llegaban los efluvios del cercano Sena, y dar con la calle de San Víctor. En el número 68 estaba el colegio para jóvenes ciegos.

Al padre se le cayó el alma a los pies cuando entró en el vetusto edificio. Edificado en el siglo XIII por el rey san Luis como Colegio de los Niños Buenos, también llamados escolares pobres, se le transfirió, en 1625, a san Vicente de Paúl y sus cofradías de la caridad, que atendían a los necesitados. Con la revolución se convirtió en cárcel; luego tuvo otros destinos, y, desde 1815, es la sede del colegio de ciegos.

Simón-Renato temió por su hijo al entrar en aquel oscuro y húmedo laberinto de pasillos estrechos y escaleras desgastadas. Solo se animó un poco tras conversar con el director del centro.

—Su hijo estará aquí muy bien atendido —lo tranquilizó el doctor Guillié—. Podrá aprender infinidad de cosas. Aquí se enseñan también muchos oficios: zapatero, cestero, cordelero, hilador, tejedor..., y música.

Luis también animaba a su padre.

—De verdad, padre, estaré bien. Quiero aprender, ya lo sabe usted.

—Las vacaciones vienen pronto y su hijo podrá estar enseguida con ustedes en Coupvray —terció el director.

—Bien, hijo, será como tú quieres.

Le dio un fuerte abrazo y se marchó.

El director tomó a Luis del brazo.

—Ahora mismo vas a asistir a tu primera clase.

Lo condujo por un pasillo largo. Notó que una puerta se abría y oyó el ruido de personas que se levantaban y susurraban.

—Sentaos, muchachos —oyó decir al director—. Señor Dufau, este es Luis Braille, el nuevo alumno que acaba de ingresar.

Luis se encontraba por primera vez en un edificio que no conocía, entre personas extrañas a las que no podía ver. Lo sentaron en un banco y la clase prosiguió. El profesor Dufau explicaba geografía. Luis se concentró en sus palabras.

—El Sena, os decía, nace en la meseta de Langres, cerca de Dijon. Pasa por Troyes, Fontainebleau, París y Ruán y desemboca en el canal de La Mancha, cerca de El Havre. Uno de sus afluentes por el norte es el Marne, que se le une cerca de París, después de pasar por Meaux...

—De ahí acabo de venir yo. ¡Qué cansado estoy! —pensó Luis.

Sonó un timbre, la clase había terminado. Una confusión de extraños olores, voces, pasos apresurados de gente que sabe adonde va, lo rodeó. Él permaneció quieto hasta que una mano amiga lo cogió del brazo y lo condujo al comedor.

Fue un día ajetreado; le presentaron a los sesenta alumnos: unos allí, otros aquí, y él se esforzó por quedarse con el nombre y con la voz de cada uno. Al final, muy cansado, se encontró en el dormitorio. Sacó las pocas cosas que traía de equipaje y las metió bajo la cama. Luego se acostó. Se hizo el silencio; pero Luis sentía la presencia, el leve respirar de otros muchachos que, como él, intentaban dormir en sus camas de hierro.

DE LA ESCRITURA NOCTURNA AL BRAILLE

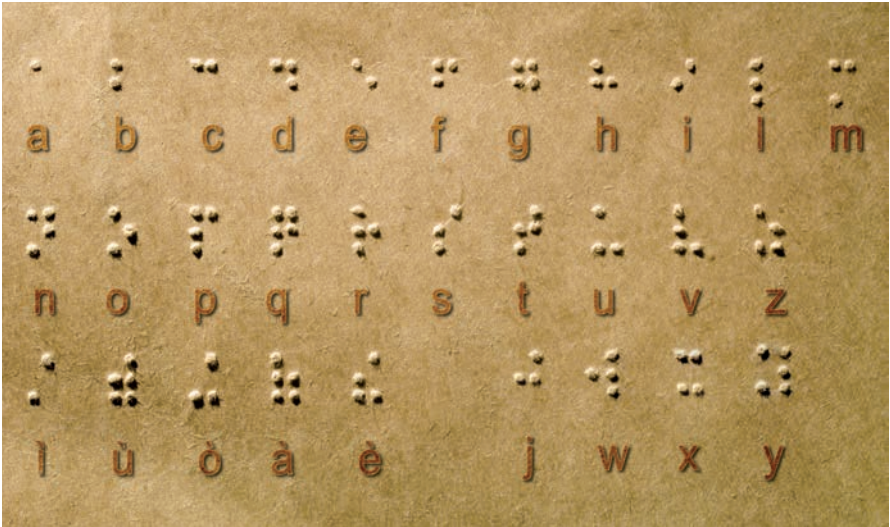
La escritura nocturna fue ideada por Charles Barbier para los soldados durante la guerra. Su utilidad consistía en poder comunicarse de noche sin ser visto, y así no facilitar su posición al enemigo.



A	I	O	U	É	È
AN	IN	ON	UN	EU	OU
B	D	G	I	V	Z
P	T	Q	CH	F	S
L	M	N	R	GN	LL
OI	OIN	IAN	IEN	ION	IEU

El sistema de Barbier consistía en dos columnas de seis puntos en relieve. La primera indicaba el número de fila. La segunda, el número de columna. De esta forma se podían representar 36 fonemas a partir del sistema de pronunciación francés.

Luis Braille partió del sistema de puntos de Barbier, simplificándolo, ya que permitía ser percibido por la yema del dedo con más facilidad. El sistema admite 64 combinaciones, con las que se pueden representar las letras del alfabeto y los signos de puntuación. Un prefijo indica si va seguido de un número o de una mayúscula. Estos son los signos básicos del alfabeto braille:



Luis Braille se fijó en la utilidad de las fichas de dominó: dos columnas de tres puntos.



En la imagen, un ejemplo de escritura en braille, en una ficha de botánica.



El juego de dominó de Braille se conserva en el museo Luis Braille de Coupvray.

ÚTILES DE ESCRITURA EN BRAILLE



El **punzón** y la regleta fueron diseñados por Braille con la finalidad de facilitar la escritura de su sistema a los invidentes. La regleta sujeta el papel y establece las separaciones de espacios entre las dos columnas de puntos y entre los caracteres.

La **pauta Llorens**, inventada en 1855, permitía la escritura de las mayúsculas tradicionales en relieve y así las personas ciegas podían comunicarse por escrito con las videntes.

Muchas de las personas deficientes visuales conocen el sistema braille y lo utilizan en su vida diaria. Para ellos también se han creado teclados que poseen ciertos rasgos visuales distintivos, como el color y el tamaño del texto.

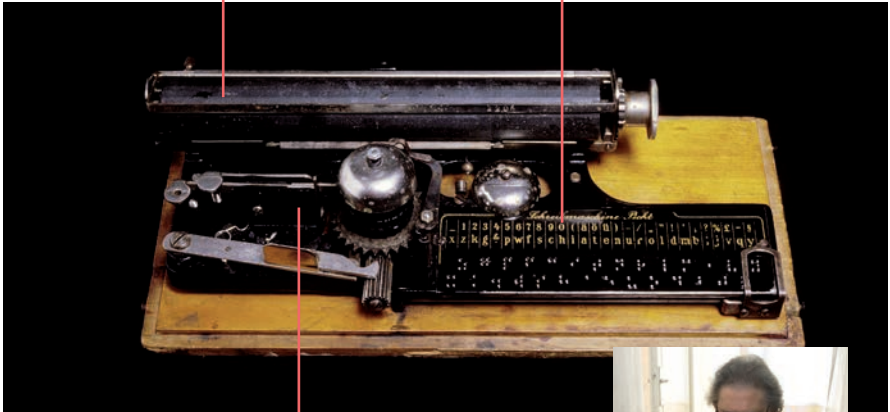


Las primeras máquinas de escribir en braille eran rudimentarias, aunque intentaban emular las mismas formas de las que utilizaban los videntes.

La modernización de los métodos de escritura en braille ha evolucionado considerablemente hasta nuestros días. Desde máquinas de escribir más modernas, ligeras y de uso más sencillo, hasta teclados informáticos perfectamente adaptados a la escritura braille.

El carrete de la máquina de escribir es móvil. El papel utilizado es especial para el grabado de puntos en relieve.

Las seis teclas pertenecen a cada uno de los puntos posibles en la escritura braille. Su grosor es considerable para hacer fácil la presión e identificación de cada tecla.



La palanca de la máquina tiene la misma función que en las de los videntes: cambiar de renglón.



La línea braille permite la lectura del contenido de la pantalla mediante un sistema de puntos que suben y bajan. Conectado al ordenador, este aparato lee los datos de la pantalla y los codifica al sistema braille, para que el invidente pueda acceder a la información. Existen aparatos que aúnan el teclado y la línea braille, como el de la fotografía, que funciona de forma independiente del ordenador y se utiliza para tomar notas.